

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Las tres lecturas de este día nos hablan de la santidad de Dios. También se refieren a nuestra vocación a la santidad. El amor que Dios nos tiene se manifiesta también en ese deseo suyo de que seamos santos como Él. Dios se comunica al hombre dándose a sí mismo. En esa donación nos comunica su propia vida, que es su santidad. Pero esta no se ofrece de una manera mecánica, sino que pide la correspondencia de nuestra libertad.

Cuando Dios habla a Moisés (primera lectura), de alguna manera le presenta un imposible. Les dice que han de ser santos como Él. Sin embargo esa posibilidad estaba lejos del alcance del pueblo de Israel. Pero la ley, como dirá san Pablo, indicaba un camino que había que seguir. Dios recordaba su ley con frecuencia para evitar el endurecimiento del corazón. Será con el envío del Espíritu Santo cuando la santidad de Dios sea comunicada al hombre. Esa comunicación es tan íntima que transforma totalmente al hombre. Por eso san Pablo nos recuerda que somos templos del Espíritu Santo. Es decir, verdaderas casas de Dios. Y Dios no habita en mí sin transformarme, sino que viene a mi interior para estar conmigo. El cristiano es santo porque Dios habita en él y Dios es santo. Su presencia me santifica porque me comunica su vida.

En esta perspectiva se entienden las enseñanzas del evangelio de hoy. Si Jesús nos muestra todo el alcance de la ley es porque nos da la posibilidad de cumplirla. Como señala santo Tomás de Aquino: la nueva ley es el Espíritu Santo. Ya no se trata sólo de mover mi libertad para comportarme de acuerdo con algunos preceptos dados por Dios y reconocidos en mi interior como buenos. Ahora lo que debo hacer es dejarme guiar por el Espíritu Santo, ser movido por Él.

La presencia de Dios en mí, dilata mi corazón para que ame como Dios ama. Es esa una de las verdades que más sorprenden a quienes no conocen el don de Dios. Se preguntan cómo es posible amar a los que me odian y querer a mis enemigos. Pero la realidad es esa. Encontramos muchos testimonios. Pienso, por ejemplo en san Tito Brandsma. Era un fraile carmelita que el papa Francisco canonizó el pasado 22 de mayo de 2022. Fue uno de los fundadores de la Universidad Católica de Nimega, en Holanda, periodista, profesor y rector de la universidad. Este fraile carmelita murió asesinado en un campo de concentración nazi cuando tenía 61 años. Fue ejecutado con una inyección venenosa. La encargada de aplicársela fue una enfermera que después abrazó la fe. Cuando le preguntaron qué le había movido a ello respondió simplemente: «¡Tenía compasión de mí!». Aquel hombre se comportó como lo habría hecho Jesucristo, fue resplandor de su santidad. Y aquel episodio no fue algo accidental sino una muestra más de su vida. Porque en otra ocasión, en el mismo campo, un guardia le golpeó haciéndolo sangrar, y san Tito dijo: «Pobrecito, me da tanta lástima, que no puedo quererlo mal».

Es un ejemplo, de los que hay tantos en la historia, de que las enseñanzas y los ejemplos de Jesús no son imposibles de cumplir.

Señor Jesús: ahora, en la Eucaristía, te voy a recibir a ti mismo: tu presencia, tu ser, tu fuerza, tu amor... y vas a vivir dentro de mí. Espíritu Santo, transfórmame, hazme santo como tú eres santo. Como María, hoy, aquí y ahora, en esta Eucaristía, me ofrezco con Cristo al Padre, te entrego mi libertad, te entrego todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que amo. Haz de mí lo quieras, Señor.